

Enrique Javier Díez Gutiérrez

# Pedagogía antifascista

Construir una pedagogía inclusiva,  
democrática y del bien común frente  
al auge del fascismo y la xenofobia

*Prólogo de*  
Jaume Carbonell

Octaedro 

Colección Horizontes Educación

Título: *Pedagogía antifascista. Construir una pedagogía inclusiva, democrática y del bien común frente al auge del fascismo y la xenofobia*

Primera edición: marzo de 2022

© Enrique Javier Díez Gutiérrez

© De esta edición:

Ediciones OCTAEDRO, S.L.

Bailén, 5, pral. – 08010 Barcelona

Tel.: 93 246 40 02

octaedro@octaedro.com - [www.octaedro.com](http://www.octaedro.com)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19023-77-3

Depósito legal: B 4701-2022

Realización y producción: Ediciones Octaedro

Impresión: Ulzama

Impreso en España - *Printed in Spain*

# Prólogo

*Jaume Carbonell Sebarroja*

Un nuevo tsunami ideológico, con huellas del pasado y nuevas adherencias pegadas al presente, recorre Europa y América. A este fenómeno se le llama neofascismo, ultraderecha, neonazismo, extrema derecha, nacional populismo de derechas, racismo radical. A sus activistas se les conoce simplemente por fachas. Un conglomerado heterogéneo que en algunos casos se instala en el poder y en otros ejerce de oposición dentro y fuera del parlamento. Pero en todos los casos despliega una creciente influencia para introducir en las agendas gubernamentales las políticas fascistas, que se traduce en giros significativos a la derecha por parte de las otras fuerzas políticas: de derechas e incluso a veces de izquierda, poniendo en peligro derechos democráticos básicos y conquistas sociales.

Este viejo-nuevo movimiento se nutre de un sólido entramado económico, mediático, institucional y cultural. Así, se cuenta con el beneplácito de grandes empresas multinacionales, con el apoyo de poderosos medios de comunicación y con la directa colaboración de diversos núcleos vinculados al integrismo religioso –católico en Europa, evangélico en América–, que, a modo de Reconquista, apuntalan los valores y costumbres más reaccionarias, de influyentes fundaciones culturales y educativas, de universidades privadas y redes formativas y de una penetración nada desdeñable

en los órganos judiciales, las fuerzas armadas y los diversos cuerpos de seguridad. El conglomerado de actores es heterogéneo y cada espacio atesora su propia singularidad, pero existe un discurso ideológico común nada improvisado que los cohesionan.

Este relato de la extrema derecha, que lo cohesionan internamente y penetra en el tejido social y en la vida cotidiana, rehúye la complejidad y simplifica extraordinariamente las cosas: o blanco o negro, no hay lugar para los matices, ni para la mezcla de colores, ni mucho menos para las diversidades, ni para la pregunta y la duda. Se impone el pensamiento único y una visión del mundo en que todo es rígido, jerárquico e inamovible. Este cierre ideológico conlleva una tergiversación y manipulación de la realidad, porque esta es lo más distante a una foto fija que solo puede apreciarse desde una sola perspectiva. Las *fake news*, con una intensa y permanente agitación en las redes sociales, se convierte en su principal aliado. Noticias falsas que a fuerza de repetir las tratan –y con frecuencia lo consiguen– de convertirse en verdades.

El neofascismo recurre a un discurso antisistema que viene a decir lo siguiente: los partidos tradicionales han pervertido la política –les ha faltado mano de hierro– y son los causantes de la crisis económica que ha empobrecido a las clases medias y ha hundido en el pozo a las clases trabajadoras que se sienten abandonadas e indefensas frente a las políticas de austeridad; por ello hay que darle la vuelta al calcetín impulsando otras políticas radicalmente distintas. Así, se erigen en salvadores de la patria y en los más firmes defensores de la libertad individual y de elección –siempre salen a relucir el cheque escolar y el pin parental–, una libertad que cuestiona los derechos de la infancia y que no hace más que proteger el uso abusivo y extensivo de la libertad

por parte de las familias para imponer a sus hijos lo que deben aprender en función de sus intereses particulares, sus convicciones ideológicas y sus creencias religiosas. Algo que está en las antípodas de una escuela democrática e inclusiva. Por otro lado, detrás de este discurso no se pretende otra cosa que apuntalar el neoliberalismo, entendido como la fase superior del capitalismo más salvaje que recorta derechos democráticos y sociales, desmantela y privatiza servicios públicos –que trata previamente de desacreditar– y acrecienta las desigualdades, blindando y aumentando las rentas de los más poderosos y dejando a la intemperie a sectores cada vez más amplios de la población. Así lo atestiguan los programas y las acciones de gobierno de la extrema derecha.

Pero ¿cuáles son los ejes prioritarios en los que se sustentan las políticas fascistas? Hay dos conceptos que, en cierta manera, lo envuelven todo: el miedo y el odio a todo lo distinto y diferente que se ve como una amenaza a la tradición más conservadora del orden establecido y, en consecuencia, trata de excluirlo y expulsarlo. Trátese de la acogida de refugiados o de inmigrantes. Se impone el supremacismo blanco, la segregación, la xenofobia y el racismo puro y duro en sus múltiples versiones, recurriendo a toda suerte de tópicos y estereotipos. Asimismo, se propaga la homofobia, el antifeminismo y la negación del cambio climático y de otras cuestiones que tengan que ver con la evolución social y las evidencias científicas, y se recurre al autoritarismo mediante un Estado autoritario y centralizado, poco proclive a aceptar las distintas lenguas y culturas. La seguridad por encima de todo, a costa de sacrificar la libertad, la democracia y la justicia social. Por otro lado, se percibe una tendencia a mitificar las glorias de un pasado, no siempre muy ejemplar, y a ocultar o blanquear sus aspectos más crueles y oscuros.

Pongamos que hablamos de dictaduras y holocaustos. De ahí la importancia de proteger legalmente la recuperación de la memoria histórica democrática en los distintos ámbitos sociales. También en la escuela y en los libros de texto escolares.

El autor de este libro, Enrique Javier Díez Gutiérrez, se ha ocupado extensamente de las cuestiones hasta ahora señaladas con varios libros en su haber, artículos e intervenciones en diversos foros. También desde la militancia más activa y de proximidad, contribuyendo a rescatar memorias de resistencia antifascista y a denunciar las brutalidades del régimen franquista. Por tanto, en él convergen la solidez teórica de quien sabe documentarse a fondo y sacar el máximo provecho de lo que lee con el conocimiento experiencial de la práctica política en la defensa de la recuperación y fortalecimiento de derechos y libertades. En la primera parte de esta obra profundiza, mediante un esquema bien estructurado y una lectura ágil, en la penetración del neofascismo en los ámbitos y cuestiones más llamativas de la educación, a partir de la premisa que los dos neos –fascismo y liberalismo– van estrechamente unidos y que su auge, tanto en los valores como en las acciones, anda emparejado.

En la segunda parte, disecciona con agudeza, contundencia y precisión las bases para una educación frente al neofascismo: cómo construir una pedagogía inclusiva, democrática y del bien común frente al auge del fascismo y la xenofobia. En cierta manera, ofrece una agenda o una carta de navegación completísima para la transformación educativa en clave de justicia social, en la que apenas se deja nada sustancial en el tintero. Ahí están las pedagogías que apuestan por valores como el respeto, el pluralismo, la solidaridad y la cooperación, por la más amplia diversidad, por el laicismo y el feminismo, por la pedagogía inclusiva

y de la igualdad, por la pedagogía lenta y el aprendizaje profundo, y por una pedagogía de la inclusión que contribuya a la formación de una ciudadanía libre y democrática. Y ante todo, por una pedagogía firme defensora de los DERECHOS HUMANOS, así, en mayúscula. Y que lo haga desde el pensamiento crítico, tratando de entender el porqué de las injusticias y el sufrimiento humano, el porqué de los cambios y retrocesos históricos, así como las claves para observar y comprender el mundo; y en la medida de lo posible poner el granito de arena para mejorarlo. ¿De qué sirve la escuela si no es capaz de ayudar a entender el mundo?

La escuela democrática de la que habla Enrique Javier no adoctrina, ya que no impone una manera de pensar –el qué pensar–, sino que abre caminos de apertura hacia el cómo pensar, al diálogo, al contraste de pareceres, a la conversación democrática. Es una escuela que practica la democracia a partir de la participación de los diversos agentes de la comunidad educativa –alumnado, profesorado, madres y padres y otros profesionales y agentes del territorio– en todos los espacios de socialización de la infancia y la juventud. De ahí la importancia de la pregunta, de la escucha activa, de la toma de decisiones, de los aprendizajes y proyectos individuales y colectivos que se van fraguando y que ayudan a optimizar el desarrollo de las capacidades y oportunidades individuales y colectivas.

Hay una pregunta preocupante ante el ascenso vertiginoso de la extrema derecha y los neofascismos que interpela a la escuela: ¿Por qué su discurso es tan seductor para la juventud y para otras edades? Hay algunas explicaciones racionales, antes apuntadas, y otras de tipo emocional, donde se mezcla la ignorancia, la pereza mental, el conformismo y la resignación. La cultura política y cívica es muy deficiente; informarse bien requiere conocimiento, esfuerzo y

compromiso, y un grueso de la sociedad se ha acomodado en la cultura de la indiferencia y la resignación: el dicho de que esto hay que aceptarlo así porque nada se puede hacer, porque existe un desafecto hacia la clase política –el conocido tópico de que todos los políticos son iguales, piensen lo que piensen y hagan lo que hagan–; y, por lo general, no se buscan soluciones colectivas alternativas, sino que todo deriva en el refugio y la salida individual y el egoísmo. Por otro lado, los discursos y las prácticas racistas y antiinmigración, por citar algunas de las situaciones más dramáticas, se acaban naturalizando y normalizando.

¿Qué hacer desde la escuela? El autor, aún consciente de las dificultades, señala algunas pistas esperanzadoras. Eso sí, todas ellas conllevan un compromiso docente inequívoco para educar más allá de enseñar la asignatura, abriendo espacios de reflexión en todas las intervenciones educativas, llenando las aulas y los centros de valores democráticos, de pedagogía crítica, de construcción de ciudadanía. Un compromiso que a veces requiere resistencia y hasta desobediencia civil. Un compromiso que Gabriel Celaya supo plasmar con especial nitidez en una de las estrofas de su poema «La poesía es un arma cargada de futuro».

*Maldigo la poesía concebida como un hijo  
cultural por los neutrales  
que, lavándose las manos, se desentienden y evaden.  
Maldigo la poesía de quien no toma partido hasta mancharse.*

*Montgat, 6 de diciembre de 2021*

# Introducción.

## El neofascismo actual

Ángel Munárriz (2021) y Laura Galaup (2021) analizaban en 2021 cómo grupos ligados al fascismo están creando e impulsando escuelas, institutos y centros educativos por toda Europa para formar a sus líderes del futuro, con el fin de dar la «batalla de las ideas», combatir la «hegemonía progre» y el «marxismo que ha mudado de piel suplantando con la lucha de género y la lucha de razas a lo que otrora era lucha de clases». Pretenden con ello recuperar la «hegemonía y el imaginario cultural» frente a «la izquierda que solo sabe dividir y sembrar el odio y la discordia», según afirmaba el director de uno de ellos, el Instituto Superior de Sociología, Economía y Política (ISSEP), en su carta de presentación. Este instituto es la rama española del de Marione Maréchal en Francia, sobrina del ultraderechista Le Pen. Ofrece 20 exclusivas plazas cuyo coste es de 12 000 euros para formar a «una nueva generación de líderes del futuro». Como profesorado participa el dueño del canal de comunicación ultraderechista *Intereconomía*, el empresario y expresidente de la constructora Sacyr Vallerhemoso, una de las grandes fortunas de España, así como otros vinculados al partido ultraderechista Vox.

Por su parte, la Fundación Disenso, el *think tank* de Vox, que preside su líder, Santiago Abascal y que tiene entre sus patronos a nombres conocidos de la ultraderecha como Herman Tertsch y Rocío Monasterio, oferta un programa

para formar a «jóvenes líderes» y «combatir» el «avance del comunismo» de cara a «reconquistar» la Iberosfera, uno de los conceptos fetiche de Vox, que incluye España, Estados Unidos y América Latina.

Otro centro de formación, el Instituto de Política Social (IPS), una de las asociaciones más beligerantes contra las actuales leyes de educación y de muerte digna, cuya vicepresidente es exdirigente de Vox, forma también «líderes» para librar la «batalla de las ideas» por «la Unidad de España, la defensa de la familia y la promoción de la vida».

El Instituto de Liderazgo Blas de Lezo, que acusa en las redes sociales a la OMS y a la ONU de ser «agencias criminales» y cuya presidenta equipara aborto a nazismo, vende «análisis sociopolítico de los problemas de nuestra patria» y «defensa de la vida» para adolescentes y jóvenes comprometidos de 16 a 26 años, así como cursos para universitarios dirigidos a «saber cómo actúa el feminismo radical y cómo combatirlo» e impartidos por dirigentes y cargos públicos de Vox. Además, Abogados Cristianos, frente jurídico del *lobby* integrista, también se enorgullece de formar estudiantes de Derecho «líderes e íntegros» que ponen los «conocimientos adquiridos» al «servicio de Dios».

Como denunciaban Albert Camus y Thomas Mann en una declaración de 1947, el fascismo es una forma de política empleada por los demagogos, cuyo único móvil es la ejecución y ampliación de su poder, para lo cual explotarán el resentimiento, señalarán chivos expiatorios, incitarán al odio, esconderán un vacío intelectual debajo de eslóganes e insultos estridentes, y convertirán el oportunismo político en una forma de arte con su populismo de soflamas simples y mantras repetitivos.

Cuando hablamos de fascismo (Paxton, 2019) tendemos a pensar en los movimientos fascistas clásicos ligados a per-

sonajes como Hitler, Mussolini, Pinochet, Videla, etc., responsables de genocidios y crímenes contra la humanidad. Pero Hitler fue durante mucho tiempo un político aceptado y valorado, que llegó al poder a través de un proceso democrático. Mussolini instauró una dictadura fascista tras convertirse en presidente del Consejo de Ministros de Italia, sustentado por una coalición de partidos. Pinochet fue aplaudido por Estados Unidos. De hecho, el fascismo ha sido un fenómeno muy popular, aceptado en Europa y Estados Unidos, financiado por la alta burguesía de esos países, con un discurso «antipolítica» y la complicidad y el blanqueamiento de autoridades, políticos, empresarios y prensa, que acabaría consiguiendo conformar un tablero de «bandos» enfrentados mediante la crispación política y social, que es el terreno en el que mejor se mueve: el de la confrontación, la provocación y la violencia.

El actual retorno del fascismo no hace referencia al nazismo, sino al retorno de esa «peste», como diría Camus, esa enfermedad política con su epicentro marcado por el odio que corroe una democracia vulnerable y frágil. En su novela *La peste*, Albert Camus (2004) dice que esa plaga «nunca muere o desaparece para siempre; puede permanecer dormida durante años, hasta que vuelva a aparecer otra vez». El Roto (2021) lo confirma: la serpiente muda de piel, pero no de veneno.

Actualmente, Enzo Traverso (2018) utiliza el término *pos-fascismo* para denominar a estas fuerzas que ocupan de nuevo el espacio de la ultraderecha, que no son exactamente similares a las de sus ancestros de los años treinta y que han pasado actualmente de los márgenes a ocupar de nuevo un espacio central en el tablero político mundial. Pero el prefijo *pos-* parece hacer referencia a algo ya pasado y superado. Por lo que utilizaré la partícula *neo* para referirme a este

nuevo fascismo mezcla de neoliberalismo, conservadurismo, nacionalismo primario, racismo y xenofobia, desprecio por los pobres y las mujeres e islamofobia, que genera unas concepciones y prácticas políticas autoritarias, violentas y retrógradas.

Aunque son movimientos que no se autodefinen como fascistas, pues rehúsan esta definición, no pueden ser caracterizados sin hacer una comparación con el fascismo clásico. Este neofascismo no es una réplica mimética del fascismo clásico de antaño: sus líderes ya no hacen públicamente el saludo nazi, ni son cabezas rapadas, ni se tatúan esvásticas en el cuerpo de forma compulsiva, pues no es un buen marketing de cara a su imagen pública, e incluso muestran su apoyo explícito al régimen israelí.

Es una extrema derecha 2.0, que incluye a neoliberales autoritarios, homoidentitarios y neofascistas. Utiliza un lenguaje y un estilo populista. Con un discurso sustentado en el odio de clase, de etnia y de sexo. Pretende dar la batalla cultural por la hegemonía ideológica, marcando la agenda mediática y política, y adoptando para ello estrategias de provocación constante a través de la propaganda y las *fake news* en las redes sociales y mediante la reapropiación de los instrumentos de movilización más habituales de los movimientos sociales, tales como la toma de calles, las manifestaciones públicas, los escraches o los mítines, exhibiendo simbologías y consignas llamativas y provocadoras.

Las políticas neoliberales con sus privatizaciones masivas, el ataque a los derechos sociales y a lo público, a la misma idea del bien común, así como la promoción del individualismo y el egoísmo, del «sálvese quien pueda» han sentado las bases del actual auge del neofascismo. Un entorno social cuidadosamente diseñado para desalentar la movilización y la solidaridad colectiva. A través de exacerbar

el individualismo sociológico y el consumismo enajenante hemos alcanzado niveles de desarticulación colectiva que hace un siglo hubieran requerido de una represión feroz o de la ilegalización de las organizaciones sociales. Lo cual ha permitido que se difundan como una ola los discursos etnonacionalistas y neofascistas que se presentan como soluciones autoritarias ante el desamparo y abandono, o la impotencia o incapacidad, por parte de los poderes públicos (Brown, 2021).

El neofascismo recoge elementos sustanciales de la tradición clásica del fascismo: la propiedad privada y los valores tradicionales de la nación; la apelación a un pasado mítico (sea el imperio colonial «conquistado» y perdido o la dictadura franquista como tiempo de estabilidad); la búsqueda de chivos expiatorios a quienes atribuirles todos los males y contra quienes centrar todos los rencores para lograr la confrontación antagónica de un *nosotros* contra un *ellos*; el combate contra la supuesta islamización de Europa; la bandera del orden público, el control social, la autoridad y la disciplina (sea con la insistencia en la prisión permanente revisable o el apoyo de las leyes mordaza), o la denuncia de las «imposiciones» de la Unión Europea.

Pero junto a estos ejes clásicos del fascismo, el neofascismo suma actualmente su lucha contra lo que denominan la «ideología de género» y el feminismo «supremacista» (denunciando las leyes contra la violencia de género); asume las teorías de la conspiración y utiliza las *fake news* (sea la financiación venezolana e iraní a Podemos o la invasión musulmana); recurre al victimismo (alegando que los taurinos y cazadores son oprimidos por el «totalitarismo animalista», que los hombres están atemorizados por las leyes de igualdad o los católicos marginados por el laicismo); se manifiesta contra la «dictadura de lo políticamente correcto» (provo-

cando en aspectos que eran hasta hace poco impensables); defiende la homofobia, el ecofascismo, pero especialmente el modelo neoliberal. Hacen alegatos exaltados en los que defienden ser los adalides de la «libertad» individual y el emprendimiento de los empresarios frente al igualitarismo y la organización colectiva (exhibiendo su antisindicalismo y su posición antimovimientos sociales). Conjugan así un programa económico radicalmente neoliberal con la provocación del rencor y el miedo colectivo, anclados en el más rancio neoconservadurismo social.

Esta apuesta del neofascismo por la exaltación del neoliberalismo les desmarca del coqueteo con aspectos sociales que tuvieron inicialmente los fascismos del siglo xx. Actualmente uno de los elementos que más lo define es su íntima conexión con el neoliberalismo (Pavón, 2020), un fuerte vínculo con los mercados, el poder financiero y el capitalismo global: «Los estragos causados por el neoliberalismo (desigualdad, empobrecimiento, intemperie, miedo, resentimiento, desconfianza en la democracia) han preparado el terreno para que emerja un nuevo fascismo que, lejos de combatir al neoliberalismo causante, se ofrece a él para llevar su hegemonía aún más lejos» (Guamán *et al.*, 2019, p. 7). El neoliberalismo y el neofascismo constituyen, así, dos expresiones indisociables entre sí de una misma configuración actual del sistema capitalista.

El neofascismo actual es profundamente neoliberal: su bandera también es la del Estado mínimo excepto, por supuesto, en el control a cargo de los cuerpos y fuerzas de seguridad y en el refuerzo de lo militar. Rechazan cualquier regulación estatal para paliar algunos de los efectos más destructivos del capitalismo, calificándola como comunismo, socialismo o populismo de izquierdas. Consideran cualquier empresa pública como «chiringuito» (excepto

las que dan ocupación y remuneración a sus cargos), oponiéndose vehementemente a los impuestos progresivos, al control de los grandes oligopolios o a poner tasas a la libre circulación del capital. Repudian la propiedad pública en las áreas de educación, salud, servicios sociales, transporte, infraestructura, deporte y cultura, y abogan por convertirlas en negocio, argumentando que así habrá «más opciones en libertad».

El neofascismo no cuestiona los paraísos fiscales ni a quienes hacen negocios sin pagar los impuestos que corresponden. Apuestan por las privatizaciones en los sectores estratégicos, porque aplauden el «libre mercado». Denuncian de forma disparatada como «castrochavistas» a dirigentes como Joe Biden, Pedro Sánchez o Alberto Fernández. Acusan de «terrorista» a quien sugiere que las grandes fortunas paguen un 1 % para salir de la crisis con un reparto más justo y, por supuesto, llaman a combatir al «comunismo internacional» y a luchar contra cualquier propuesta que suponga un reparto justo de los recursos y los bienes. Es como si el capitalismo fuera lo único sagrado para ellos. De hecho, ninguno de los grandes movimientos neofascistas de la actualidad mantiene posiciones que cuestionen el capitalismo. El discurso neoliberal ha acabado siendo visto por el neofascismo como condición natural y normal de la futura sociedad (Ramos, 2021).

Como argumentaban Walter Benjamin o Bertolt Brecht, no se puede abordar el fascismo sin plantearse el capitalismo. Su superación definitiva pasa por la superación del sistema capitalista. Mientras exista el capitalismo, el fascismo nunca se irá definitivamente.

De hecho, el neofascismo no tiene nada de antisistema, sino que constituye el plan B autoritario del sistema. Cuando los poderes económicos ven la posibilidad real de que

se implementen políticas de impuestos progresivos, que se regule el mercado, que se renacionalicen empresas estratégicas, se apliquen reformas agrarias o se puedan establecer medidas efectivas para una distribución real de la renta, amenazando sus tradicionales posiciones de poder y privilegio, bajan el telón de la ficción democrática asumida formalmente y resurge el fascismo, y olvidan, incluso, los consensos democráticos mínimos.

En el tablero de la geopolítica, el neofascismo cumple una función clave: la de ocultar las raíces reales de la injusticia social y las crisis para, de esta forma, neutralizar la posibilidad de que se cuestione la responsabilidad de las élites económicas y financieras. Lo que hace la extrema derecha es sembrar la discordia entre los perdedores del modelo neoliberal, fomentando, por una parte, el orgullo de sentirse superior y, por otra, canalizando la ira popular hacia los colectivos más vulnerables. El neofascismo incita al odio y la ira, no contra los causantes de la desigualdad, sino contra los que la sufren. Así, mientras se alimenta la guerra entre pobres, quienes controlan el poder siguen repartiéndose el pastel y la fractura social se acrecienta.

Con dos efectos colaterales. El primero es la amplificación de la «teoría de la equiparación o equidistancia». Están consiguiendo reconstruir el imaginario colectivo situando a todo movimiento progresista que cuestione el capitalismo como si fuera el otro extremo de la ecuación del denominado populismo, acusándole de «extrema izquierda radical». Tildando con el epíteto vacío de «populistas» (sin saber muy bien qué significa) tanto a las opciones fascistas (totalitarias y antidemocráticas) como a las opciones comunitarias anticapitalistas y antifascistas (de defensa del bien común). De tal forma que el centro del tablero político queda redefinido por el conservadurismo y el neoliberalismo,

que se convierten automáticamente en opciones de centro, «moderadas», «responsables» y «de gobierno». Como dice Rendueles (2020):

A los intelectuales orgánicos del cosmopolitismo liberal les encanta agrupar todas esas fuerzas emergentes en el cajón de sastre del populismo. Es la famosa teoría de la herradura, que afirma que los extremos políticos se tocan: los partidarios de la igualdad y la democratización de las instituciones económicas vienen a ser lo mismo que los racistas, neofascistas y autoritarios. Todos radicales, todos extremistas. Esa tesis, planteada abiertamente por personas prestigiosas y aparentemente serias, no solo es una idiotez ofensiva, también es un suicidio político.

El segundo es la denominada «lepenización de los espíritus». El neofascismo ha conseguido radicalizar y polarizar el marco del debate público, de la agenda política y mediática, hasta el punto de que buena parte de sus postulados están siendo asumidos no solo por los grupos políticos conservadores de la derecha y los liberales, sino también incluso por algunos grupos progresistas y socialdemócratas, especialmente las políticas migratorias, claramente discriminatorias y punitivas, y las políticas represivas en materia de derechos y libertades: «Los partidos que se dicen democráticos han hecho propia la agenda ultra en temas como inmigración, nacionalismo, seguridad, derechos sociales o valores, y se muestran dispuestos a pactar gobiernos y hasta a ofrecer ministerios» (Guamán *et al.*, 2019).

Es más, la aparente entrada en el juego democrático del neofascismo, mientras les sirva, ha presionado a otros partidos políticos a radicalizarse para evitar la migración de los votos y justificar y blanquear su cogobernanza con esa extre-

ma derecha (Fundación los Comunes, 2020). En España, a diferencia de otros países europeos, ni el Partido Popular ni Ciudadanos han cuestionado en ningún momento la posibilidad de pactar con Vox. La carencia de una cultura antifascista y la falta de una ruptura con el franquismo no solo han posibilitado los pactos en ayuntamientos y comunidades autónomas, sino el hecho de que se viera como posible que se alcanzaran acuerdos con la ultraderecha.

Además, el hecho de que el partido ultraderechista esté dirigido por varios antiguos miembros del Partido Popular, el trato más que benévolo recibido en los medios de comunicación y la relativización de sus postulados y propuestas xenófobas, antifeministas y antidemocráticas por parte de los líderes de los partidos conservadores también ha servido para blanquear a Vox como una formación legítima, integrándole incluso en el denominado «bloque constitucionalista». Por eso, hemos de ser conscientes de que este neofascismo que viene cuenta con la capacidad de destruir la democracia en nombre de la democracia. La experiencia histórica en Europa nos muestra que una vez que están dentro de las instituciones cuentan con recursos mediáticos, políticos, económicos e institucionales que hacen muy difícil que acaben desapareciendo.

Esta agenda ultra está penetrando en el sistema educativo. Lenta y sostenidamente. Por eso este libro pretende abordar dos aspectos cruciales para una pedagogía antifascista: detectar y prevenir el fascismo desde la escuela y afrontarlo y combatirlo en la educación. Necesitamos tener claves para entender, analizar y deconstruir el discurso del neofascismo neoliberal que se infiltra en la escuela y en la sociedad. No solo aquel discurso obvio y claramente provocador ligado a los modelos más conservadores y arcaicos, sino también aquel más sutil y naturalizado, más ligado a los relatos de la

«libertad», la competencia, el éxito, el esfuerzo, la autoridad, el control o la vigilancia, vinculado a la ideología neoliberal, base del actual neofascismo. Y no solo ser capaces de detectarlo, sino también tener estrategias y herramientas para afrontarlo y combatirlo.

En estos tiempos, ya lo advertía Antonio Gramsci (1981), cuando el viejo orden social se está derrumbando y uno nuevo está luchando por definirse y surgir, emergen los monstruos. No podemos permanecer ajenos. Debemos implicarnos de una forma clara y sin ambages ni medias tintas para combatirlos y defender los derechos humanos y el bien común. También en la escuela.



# Índice

Prólogo	7
Introducción. El neofascismo actual	13
1. La penetración del neofascismo en la educación	25
«Educar» y adoctrinar	26
Pin de censura educativa	28
<i>Lawfare</i> educativo	29
Acoso a la educación pública	30
Cuestionan al profesorado	31
Vulnera el interés superior del menor	32
Efectos colaterales	33
«Educación» patriótica militar	34
Si preparas la guerra la acabarás provocando	35
Programación neurobélica	36
¿Educar militarmente para la paz?	38
«Educar» en la insensibilidad ante el maltrato animal	39
Formación de matador	40
El maltrato animal como «patrimonio cultural»	42
Educamos con nuestro ejemplo	43
«Educar» en la doctrina católica	44
Educación nacionalcatólica	45
Cuestiona la convivencia y provoca segregación	46

Catequesis y dogmas	47
«Educar» en la desmemoria	49
Olvido ¿intencionado?	50
Libros de texto que invisibilizan	51
Temas «tabú»	53
«Educación» neomachista	55
Contra la «ideología de género»	57
Contra la violencia de género	59
Contra el lenguaje inclusivo	60
El verdadero feminismo	61
«Educar» en el triunfo individual	62
La seducción del sistema	63
Erradicar a los «parásitos»	65
«Pedagogía» del egoísmo	66
Revictimizar a la víctima	67
El cambio está en nuestro interior	68
«Educación» meritocrática	69
Lo que importa es el talento	70
Moral de soberbia y resentimiento	72
Ideología del esfuerzo	73
Dispositivo disciplinador	75
El problema es la meritocracia	76
«Educación» autoritaria	77
Generar alarma social	78
Judicializar la vida escolar	80
«Educar» en el racismo y la xenofobia	83
Estrategia de odio y confrontación	83
Racismo sin fronteras	85
Institucionalizar la segregación	87
Racismo de baja intensidad	88
«Educación» ecofascista	90
Desarrollismo y <i>greenwashing</i>	91
Patriotismo verde	92

Colapso	93
El capitalismo es el problema	95
2. Educar frente al neofascismo	99
Pedagogía crítica	102
La educación pública garantiza la pluralidad	102
La educación nunca es neutral	103
Praxis educativa crítica	104
Pedagogía en valores	105
Educar en los valores consagrados en los derechos humanos	106
Educar en todos los derechos humanos	108
Educar en el cuidado de todos los seres vivos	109
Pedagogía laica	111
La religión fuera de la escuela	111
Superar la herencia de la transición posfranquista	112
Superar toda forma de adoctrinamiento religioso	113
Pedagogía de la memoria	114
Incluir la memoria histórica en el currículum	114
Derecho a conocer la verdad	116
Pedagogía feminista	117
Visibilizar a las mujeres y sus logros	118
Espacios y tiempos coeducativos	119
Educar en masculinidades alternativas	120
Educar en el feminismo	122
Pedagogía del apoyo mutuo	122
Cooperar y no competir asegura la vida	123
Repensar la educación desde la cooperación	124
Pedagogía inclusiva	125
Pedagogía de la cohesión	126
Más allá de la integración	127
Transformar inclusivamente los centros	129
Pedagogía de lo esencial	131

Priorizar los aprendizajes esenciales	131
Un currículum relacionado con la vida	133
Pedagogía de la evaluación democrática	135
Evaluar para mejorar	136
Pedagogía del error	137
Evaluación participativa	138
Pedagogía digital crítica	140
Recuperar nuestra soberanía digital	140
Herramienta complementaria	142
Pedagogía lenta	144
Enseñanza pausada	145
Desacelerar los ritmos escolares	146
Pedagogía intercultural y antirracista	148
Educar para una ciudadanía mundial	149
La diferencia cultural como valor	150
Pedagogía decolonial	153
Educación «otra»	153
Descolonizar el saber	155
Pedagogía de la igualdad	157
La desigualdad mata	157
A cada cual según sus necesidades	158
Educar para la igualdad social	159
Pedagogía ecosocial del decrecimiento	160
Sobriedad voluntaria	161
Descolonizar el imaginario dominante	162
Pedagogía democrática	165
Aprender la democracia practicándola	165
Escuelas democráticas	167
Pedagogía de la desobediencia	170
Desobediencia civil activa	170
Educar en el derecho a la desobediencia	172
Pedagogía del compromiso	173
Luchando también estamos enseñando	174

Educar en el antifascismo	175
Pedagogía del bien común	177
Repensar la educación desde el bien común	177
Otra educación es posible	178
 3. Por una educación antifascista	 181
 Bibliografía	 187
 Agradecimientos	 195

**Si desea más información  
o adquirir el libro  
diríjase a:**

**[www.octaedro.com](http://www.octaedro.com)**